

CAPÍTULO V

Aunque parezca temerario, vamos á tratar de formarnos una idea de las radiantes criaturas que viven en esas misteriosas y sublimes regiones, en ese sublime empíreo que se sustrae á nuestra vista. En otros términos, vamos á ver cuáles son los atributos, formas y cualidades del ser sobrehumano.

El ser sobrehumano posee, como el ser humano, tres elementos: el cuerpo, el alma y la vida. Vamos á examinar, por separado, cada uno de estos tres elementos.

Podríamos concebir el ser sobrehumano sin cuerpo, podríamos creer que el alma, puramente espiritual, constituye el ser bienaventurado que se cierne en los espacios etéreos. Pero no es así como nosotros le concebimos. Esta inmaterialidad absoluta no creemos debe ser aplicada más que á un ser mucho más elevado en jerarquía moral que el ser sobrehumano, y del que más adelante hablaremos. Creemos que el habitante de los espacios etéreos tiene un cuerpo; que el alma, al abandonar la mansión terrestre, va á alojarse, á encarnarse en un cuerpo, como hacía en la tierra. Solamente que

este cuerpo debe estar adornado de cualidades infinitamente superiores á las del cuerpo humano.

Veamos ahora cuál puede ser la forma de este cuerpo. Los pintores, tanto los del Renacimiento como los modernos, dan al ángel la forma de un joven hermoso, de blancas alas, como para volar por los aires. Esta imagen es á la vez poética y grosera. Es poética en el sentido que responde á la idea que debemos formarnos del ser radiante que se cierne en las regiones etéreas; es grosera porque da á una criatura muy superior al hombre los atributos físicos del hombre mismo, y esto no puede admitirse.

Los pintores que, como Rafael y Murillo, representan á los querubines con cabeza de niño, provisto de alas, expresan el mismo pensamiento, pero de una manera más profunda. Al suprimir la mayor parte del cuerpo y reducir el ser seráfico á la cabeza, asiento de la inteligencia, parecen indicarnos que, en el ángel cristiano, la parte espiritual domina á la parte material en una proporción inmensa.

Fáltanos designar la forma que debe tener el cuerpo de los habitantes del éter. En cuanto á esto, sólo podemos decir que, siendo el éter un fluido excesivamente sutil y rarificado, para que el ser sobrehumano pueda flotar y volar en una masa tan ligera, es preciso que él sea prodigiosamente ligero, que sea un compuesto de substancias extraordinariamente sutiles: un sutil tejido material animado

por la vida, un diáfano y vaporoso manto de materia viva: así nos representamos al ser sobrehumano.

¿Cómo se mantiene el cuerpo de este ser? Necesita, como el del hombre y el de los animales, alimentarse para vivir? Á esto respondemos que los habitantes del éter están dispensados de alimentarse, siéndoles suficiente, para mantenerse y conservarse, la sola respiración del fluido en que están sumergidos, es decir, del éter.

Haremos observar que la necesidad de alimentarse ocupa un lugar muy preferente en la vida de los animales. Muchos de éstos, sobre todo los que viven en el agua, se ven obligados á comer sin cesar, so pena de morir de inanición. En los animales superiores la necesidad de comer y beber es menos imperiosa, porque la función respiratoria trae al cuerpo, por la absorción del oxígeno y algo de ázoe, cierta dosis de elementos reparadores, que suplen á las sustancias alimenticias. Esto es muy apreciable en el hombre. Nuestra respiración es una función de la mayor importancia y que contribuye en gran parte á la reparación de los órganos. El oxígeno, que nuestra sangre toma del aire durante la respiración, entra por mucho en nuestra nutrición. En los pájaros, cuya función respiratoria es muy activa y los órganos que ejercen esta función tienen un gran desarrollo, el oxígeno inspirado entra por mucho, igualmente, en la nutrición, y reemplaza á una cierta dosis de alimentos.

Creemos, pues, que al ser sobrehumano, para la conservación y mantenimiento del cuerpo material, le es suficiente la respiración del elemento etéreo, y siendo así, no tiene necesidad de comer ni de beber.

No sé si el lector se forma una idea exacta de las consecuencias que debe traer consigo la absoluta falta de necesidad de alimentarse en los seres de que nos ocupamos. Se comprenderán estas consecuencias si se considera que la obligación que tienen todos los animales de buscarse su alimento es la causa de todas las miserables condiciones de su vida. Obligados á buscarse sin descanso su subsistencia, los animales no tienen más que esta brutal preocupación; de aquí sus pasiones, sus peleas y sus enfermedades. Lo mismo sucede al hombre, aunque en menor escala. La necesidad de proveer á su alimentación diaria, la obligación de ganarse el pan cotidiano, según frase vulgar, es la causa mayor de las fatigas y de los sufrimientos de la especie humana. Supongamos que el hombre pudiera vivir, desarrollarse y conservar su vida sin comer, siendo suficiente la respiración del aire para reparar sus órganos; ¡qué revolución no se verificaría en las sociedades humanas! Las pasiones odiosas, las guerras, las rivalidades desaparecerían de la tierra. La edad de oro, soñada por los poetas, sería la consecuencia cierta de esta disposición orgánica.

Este don de la Naturaleza, de que carece el

hombre, es seguramente patrimonio del ser sobrehumano. De esto se deduce que las malas pasiones, que son el triste atributo de nuestra especie, deben ser desconocidas en la mansión de estos seres privilegiados. Libres del cuidado de buscar su alimento, viviendo y reparando sus fuerzas por el sólo efecto de la respiración, acto involuntario y que se ejerce sin darse cuenta, como se ejercen en el hombre y en los animales la circulación de la sangre ó la absorción, los habitantes de los espacios etéreos deben estar entregados exclusivamente á las impresiones de una dicha y tranquilidad sin igual.

Las fuerzas de nuestro cuerpo se gastan pronto: no podemos ejercitar nuestros órganos durante cierto tiempo sin sentir fatiga. Para trasladarnos de un sitio á otro, para levantar pesos, para andar, bajar ó subir, es preciso gastar fuerzas, y pronto viene el cansancio. El pensamiento sólo puede estar en actividad durante cierto tiempo: al cabo de un intervalo bastante corto la atención se debilita y el pensamiento queda en suspenso. En fin, nuestra máquina corporal, tan bien ordenada, pero tan delicada, está sujeta á mil desgastes, que llamamos enfermedades.

Los habitantes del éter están libres de ese penoso sentimiento de la fatiga, de esa continua amenaza de enfermedades por el desgaste de los órganos. No necesitan, como nosotros, del reposo después del ejercicio. El cuerpo del ser sobrehu-

mano, inaccesible á la fatiga, no tiene necesidad de descanso. No teniendo esas mil ruedas de una máquina complicada, subsiste y se mantiene por la sola fuerza de la vida que le anima. La inspiración del éter, esta es probablemente su única función fisiológica, y se comprende que esta función pueda ejercerse sin gran número de órganos, cuando vemos en toda una especie de animales, los batracianos, que la piel les sirve para la respiración.

La extrema sencillez del cuerpo del ser sobrehumano se comprenderá admitiendo que sea la respiración la única función que deba ejercer. Los aparatos y los órganos tan complicados y tan numerosos en el cuerpo del hombre y de los animales, tienen por objeto el ejercicio de las funciones de la nutrición y de la reproducción. Estando suprimidas estas funciones en el ser de que nos ocupamos, su cuerpo debe también estar aligerado. Todo debe estar reducido, con la respiración, á la conservación y entretenimiento de las potencias del alma; todo debe concurrir exclusivamente á la conservación del espíritu. Con razón se admira la sabia mecánica del cuerpo del hombre y de los animales; pero si la anatomía humana nos revela prodigios de estructura, maravillas de previsión para asegurar la conservación del individuo y su reproducción, ¡cuántas mayores maravillas no nos ofrecería, si nos fuera dable conocerla, la organización del cuerpo del ser sobrehumano, en el que todo

debe estar calculado para asegurar la conservación y perfeccionamiento del alma! ¡Qué sorpresa no experimentaríamos al comprender la utilidad y las funciones de este cuerpo glorioso, al descubrir las relaciones de parecido ó de origen entre la economía viviente humana y la economía viviente del ser sobrehumano, como al adivinar las relaciones que deben existir entre los órganos del ser sobrehumano y los que deberá tener, en otra vida todavía superior, el mismo ser, de nuevo resucitado, con mayores perfecciones!

La organización especial del ser que describimos debe ser tal, que pueda trasladarse, en muy poco tiempo, de un lugar á otro y salvar las distancias con una rapidez extraordinaria. Puesto que nuestro pensamiento devora el espacio y viaja en un instante de un extremo á otro del globo, no hay razón ninguna para que el cuerpo de los seres sobrehumanos, en los que domina el principio espiritual, no tenga este admirable privilegio de viajar de un punto á otro con la rapidez de la electricidad.

El ser sobrehumano, que no tiene necesidad de comer, de beber ni de descansar, que es siempre activo y constantemente sensible, no necesita dormir, porque el sueño no le es preciso para reparar sus fuerzas, así como no le es preciso el alimento para crear esas mismas fuerzas.

El sueño roba al hombre la tercera parte de su existencia. Un hombre que muere á los treinta

años, en realidad no ha vivido más que veinte; el resto lo ha pasado durmiendo. Esto nos da una idea muy pobre de la condición humana. Porque esta necesidad de sueño proviene de que nuestras fuerzas, gastadas por el ejercicio, necesitan rehacerse en la inacción y la inmovilidad, en la suspensión momentánea de la mayor parte de los actos de la vida, en una especie de muerte pasajera. Durante el sueño, el hombre prepara y almacena las fuerzas que habrá de gastar después, y á esta reparación física consagra la noche, conformándose con lo que observa en la Naturaleza y obedeciendo á las costumbres de la civilización. Pero en el ser sobrehumano las fuerzas no se gastan, y por consiguiente, para recuperarlas no tiene necesidad del sueño, que es una de las más crueles tiranías de la condición humana. Todo induce á creer que la vigilia es el estado permanente del ser sobrehumano y que no conoce el sueño.

Es de advertir, además, que todos los seres que flotan en los espacios etéreos desconocen la noche; porque ésta y el día son producidos alternativamente por la rotación de la tierra sobre su eje, rotación que hace que la tierra pierda de vista al sol durante la mitad de su revolución. Este movimiento de rotación se extiende á nuestra atmósfera, pero no alcanza más lejos; el éter, situado más allá de nuestra atmósfera, no sufre su influencia. Esta masa fluida permanece inmóvil, en tanto que la tierra y su atmósfera dan vueltas sobre su

eje. Los seres sobrehumanos que habitan el éter planetario no son arrastrados en este movimiento: ven á la tierra dar vueltas, por decirlo así, bajo sus pies; pero como ellos están situados fuera de este movimiento, nunca pierden de vista al astro radiante.

La noche, repetimos, es un fenómeno accidental que sólo afecta á los planetas, los cuales tienen un hemisferio, unas veces alumbrado y otras no por el sol; pero el resto del universo no conoce la noche. Los seres sobrehumanos que flotan en las regiones situadas mucho más allá de los planetas, ven siempre al astro radiante y en medio de este océano de luz transcurren sus días felices.

En cuanto á los sentidos que deben poseer los seres sobrehumanos, creemos que deben ser los mismos que tenemos asignados los mortales, pero mucho más perfectos que los nuestros, y que deben, además, tener sentidos particulares que nos son desconocidos, siéndonos, por lo tanto, imposible decir cuáles son estos nuevos sentidos. Tenemos noción de los sentidos por el uso que hacemos de ellos y el talento de ningún hombre puede adivinar la aplicación de un sentido que le hubiera rehusado la Naturaleza. Si tratáramos de dar á un ciego de nacimiento una idea del color rojo, nos contestaría: «Si, comprendo; es estrepitoso como el sonido de la trompeta.» Y si á un sordo le quisiéramos hacer comprender el sonido del arpa, nos diría: «Si; es dulce y tierno como el verde de los prados.» Re-

nunciemos, pues, á determinar la especie de sentidos que la Naturaleza ha adjudicado á los seres que viven en las planicies del éter; estos sentidos están en relación con objetos é ideas cuyo conocimiento nos está vedado.

Nosotros mientras estamos en la tierra tenemos un pequeñísimo número de sentidos; pero cuando hayamos arribado á los dominios superiores que nos están destinados, entraremos en posesión de los nuevos sentidos, que nuestra razón entrevé y nuestro corazón desea.

Como decíamos, no podemos adivinar los nuevos sentidos que posee el ser sobrehumano, porque están en relación con objetos é ideas que desconocemos, con fuerzas exclusivamente propias de mundos que están hoy ocultos á nuestras miradas. El reino del éter planetario tiene su geografía, sus potencias, sus pasiones y sus leyes, y sobre estos objetos se ejercerán los nuevos sentidos de que han de gozar los hombres resucitados en la gloria. Pero como todo esto es para nosotros un misterio absoluto, nos es imposible penetrar la especie de sentidos que nos permitirán comprenderlo y gozar de él después de nuestra resurrección.

Únicamente podemos presentir el perfeccionamiento que tendrán los sentidos que poseemos, es decir, la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto; y este perfeccionamiento le podemos presentir por el desarrollo extraordinario que cada uno de estos sentidos tiene en los animales.

El sentido del olfato está desarrollado en el perro de caza en un grado tal, que confunde nuestra imaginación, pues no podemos comprender que el perro perciba las emanaciones odoríferas de una liebre ó de una perdiz al cabo de muchas horas y cuando ya están á varias leguas de distancia. La perfección de la vista en el águila y demás aves de presa nos maravilla también. Estas aves, cerniéndose en los aires, ven sobre la tierra su presa, mucho más pequeña que ellas, y caen sobre ella sin desviarse de la línea perpendicular. La perfección del tacto en el murciélago es también sorprendente. Privado accidentalmente de la vista, el murciélago, por medio de sus alas membranosas, suple este sentido por el tacto, y vuela por el aire y entra en las habitaciones como si viera claro. El oído de los salvajes tiene tal sensibilidad, que, aplicando la oreja al suelo, perciben el ruido de las pisadas de un enemigo á una legua ó más de distancia; y el del músico, que, por el trabajo y las disposiciones naturales, llega á distinguir, en una orquesta compuesta de ciento ó doscientos instrumentos, una diferencia de un cuarto de tono entre estos instrumentos.

Suponiendo que los sentidos del ser sobrehumano hayan adquirido el extraordinario grado de actividad que tienen los de los animales y los de algunos hombres, podremos formarnos una idea del poder de un tal órgano sensitivo.

También podemos formarnos una idea de la

perfección que podrán adquirir los sentidos en el hombre resucitado, considerando el aumento de potencia que uno de nuestros sentidos puede adquirir con el auxilio de la ciencia y del arte. Antes de la invención del microscopio nadie hubiera podido creer que la vista pudiera penetrar en ese mundo en miniatura de los seres infinitamente pequeños, entonces completamente desconocido; no se podía adivinar que en una gota de agua, por ejemplo, pudieran verse miriadas de seres vivos.

Estos seres han existido siempre, pero hace solamente dos siglos que se les puede contemplar; nuestra potencia visual para los seres microscópicos había sido desconocida hasta entonces. Hoy el estudiante más romo de inteligencia ve indiferente lo que no pudieron contemplar ni aun sospechar Aristóteles, Hipócrates, Plinio, Galeno, Alberto el Grande y Rogerio Bacón. Lo mismo sucede con la invención del telescopio. El descubrimiento de este instrumento, hacia el año 1610, ensanchó en un instante los límites del espíritu humano, abriendo ante él un dominio que hasta entonces había estado cerrado á sus miradas. Allí donde Hiparco y Ptolomeo nada habían visto, Galileo, Huygens, Keplero, armados del telescopio, hicieron en pocas noches descubrimientos que nunca se hubieran sospechado sin este instrumento maravilloso. Los satélites de Júpiter y de Saturno, una multitud de estrellas nuevas, las fases de Venus, y más tarde el descubrimiento de nuevos planetas que sólo se

ven con el auxilio del telescopio, la observación de las manchas del sol, la resolución de las nebulosas en una aglomeración de estrellas, todo esto fué la consecuencia casi inmediata del descubrimiento del telescopio. Así es como el ojo humano, con el auxilio del arte, ha podido penetrar en las más lejanas regiones del cielo.

Pues bien; supongamos que la visión reuna la potencia de nuestros telescopios á la de nuestros microscopios, es decir, que además de los objetos colocados á una distancia ordinaria, pudiera descubrir los objetos microscópicos y al mismo tiempo los cuerpos celestes invisibles á simple vista, y tendríamos una idea de lo que puede ser la visión en el ser sobrehumano.

No necesitamos decir las proporciones extraordinarias que tomarían nuestros conocimientos si la vista pudiera tener esa extraordinaria potencia, si á la vez pudiera funcionar como telescopio y como microscopio. La ciencia avanzaría á paso de gigante. ¡Qué progresos no haría la química si nuestra vista pudiera penetrar en el interior de los cuerpos, ver al desnudo sus moléculas, juzgar de su volumen relativo, de su coordinación, de la forma y color de sus átomos! Una mirada nos revelaría, respecto á la naturaleza íntima de las combinaciones químicas, lo que el genio de un Lavoisier no ha podido penetrar. La física no tendría misterios para nosotros, porque á simple vista conoceríamos lo que á fuerza de trabajo tratamos de

adivinar por el razonamiento y experiencias siempre difíciles é inseguras; *veríamos* por qué y cómo se calientan y electrizan los cuerpos; tendríamos la explicación de las leyes matemáticas que regulan las fuerzas físicas, la luz, el calórico, el magnetismo, etc. Sería suficiente nuestra vista para resolver los problemas de física y de mecánica que el genio de los Newton, de los Ampère, de los Gay-Lussac, no pudieron resolver.

Esta potencia maravillosa del sentido de la vista la tienen, sin duda alguna, los seres sobrehumanos.

El mismo razonamiento podríamos repetir para los demás sentidos, pero basta lo dicho para comprender que de la misma manera pueden perfeccionarse los que sólo existen en el hombre en estado rudimentario.

Pero si diremos que por su extremo grado de perfección deben funcionar con la misma velocidad que la luz y la electricidad. Si todo el cuerpo del ser sobrehumano puede trasladarse con una velocidad incomparable de un punto á otro, como hemos dicho, sus sentidos pueden igualmente percibir á grandes distancias.

No creemos equivocarnos al comparar á la electricidad y á la luz las acciones que se ejecutan en el mundo invisible que tenemos la temeridad de examinar.

¿El ser sobrehumano tiene sexo? No, seguramente. Así pinta la religión cristiana al ángel; es

andrógino. Lo mismo debe ser el ser sobrehumano. La afección recíproca que reina entre los dichosos habitantes del éter no debe exigir la diversidad de sexos.

Es de advertir que las afecciones se depuran á medida que se elevan desde los animales al hombre. Los animales conocen muy poco el sentimiento de la amistad. El amor, con sus atractivos materiales, reina entre ellos casi exclusivamente. Los sentimientos afectuosos que poseen los animales, fuera del amor carnal, se reducen á los de la maternidad, que son vivos y sinceros, pero de corta duración. El pequeño es objeto de caricias y cuidados mientras su debilidad exige estos cuidados; pero cuando ya es adulto y está en condiciones de vivir por sí mismo, es abandonado por su madre, que ya no se cuida más de él. La afección maternal es asimismo de muy corta duración en los animales; no hay constante en ellos más que el sentimiento del amor, que dimana de la diversidad de sexos. En el hombre los sentimientos afectuosos son más numerosos, y con frecuencia nobles y puros. Amamos á nuestros hijos y á nuestras madres mientras late el corazón en nuestros pechos. Amamos á nuestros padres, á nuestros hermanos, á nuestras hermanas, con un sentimiento que no tiene nada de carnal y que está arraigado en nuestra alma. Si el amor está casi siempre indisolublemente ligado á los deseos físicos, puede desaparecer; con mucha frecuencia una amistad desinteresada

sobrevive á la muerte. En esto somos infinitamente superiores á los animales. Demos un paso más y lleguemos hasta el ser sobrehumano, que es el eslabón natural de la cadena que une nuestra especie, y encontraremos el sentimiento de la afección independiente completamente de la diferencia de sexos. En la suprema y feliz morada que habitan los seres sobrehumanos, tienen todos el mismo tipo orgánico. Para amarse no tienen necesidad de pertenecer á dos sexos opuestos, á dos grupos diferentes de organización, porque el cariño es el resultado de la serenidad, de la inefable bondad de las almas, de la simpatía que excitan las perfecciones mutuas.

Las regiones etéreas son el punto de reunión, digámoslo así, de los seres que se han amado sobre la tierra. El padre encontrará allí á sus hijos; la madre, á su hija adorada á quien la muerte arrancó de sus brazos; los esposos se volverán á encontrar; los amigos se reconocerán. Pero bajo la nueva forma que adoptan en el cuerpo perfeccionado, que es el domicilio de su alma regenerada, no hay sexo: el cariño es un sentimiento ennoblecido, ideal y de una pureza exquisita.

Nuestra facultad de amar, encadenada aquí por los lazos de la carne, estará allí libre de todo atractivo sensual: el deseo carnal no será la escolta obligada del amor, que estará por encima de todo atractivo físico, libre de toda alianza impura. El amor se extenderá á toda la Naturaleza; se desple-

gará en las esferas más elevadas; se exaltará á las sublimes sensaciones, á la gran simpatía por toda la creación.

Pero, se nos objetará, si los seres sobrehumanos no tienen sexo, ¿cómo se reproduce, cómo se conserva, cómo se multiplica la especie? En el ser sobrehumano no existe la necesidad de reproducción, la especie no tiene necesidad de conservarse ó multiplicarse. La reproducción, la conservación de la especie, pertenece á los habitantes de los mundos inferiores, es decir, de la tierra y de los planetas: ese es el destino y la obligación que les ha impuesto la Naturaleza. Pero la reproducción es inútil y desconocida á los habitantes de los mundos superiores, á los seres afortunados que viven en el éter planetario; éstos reciben de la tierra y de los otros planetas el cortejo de sus nuevas falanges. La renovación de estos batallones de elegidos se hace por los que llegan de los mundos inferiores. Abajo, la multiplicación de los individuos; arriba, la mansión de los seres bienaventurados; estos últimos no tienen necesidad de conservar su especie, porque las leyes de su destino son completamente diferentes de las del hombre terrestre. La reproducción es el lote de los mundos inferiores; la permanencia, el patrimonio de los mundos de lo alto.

El célebre naturalista alemán Bremser sienta el principio de que en el hombre la materia y el espíritu están casi en la misma proporción; es

decir, que el hombre es mitad materia y mitad espíritu. Para aventurar esta proposición, se funda Bremser en el hecho de que en el hombre unas veces el espíritu manda á la materia y otras es la materia la que dicta sus leyes al espíritu, casi con la misma igualdad de potencia y de éxito por una parte y por otra.

«Debemos considerar—dice Bremser—que el hombre no es más que un espíritu limitado por la materia de diferentes maneras. En una palabra, el hombre no es un dios; pero á pesar de la cautividad del espíritu en su corporeidad, éste ha llegado á ser bastante libre, dentro de sí mismo, para conocer que está gobernado por un espíritu más elevado que el suyo; es decir, por un dios.

»En el supuesto de que hubiera una nueva creación, es de presumir que nacerían otros seres mucho más perfectos que los resultantes de las creaciones anteriores. En el hombre, el espíritu es á la materia en la proporción de 50 á 50, con ligeras diferencias en más ó en menos, porque unas veces domina el espíritu y otras la materia. En una creación subsiguiente, si la que ha formado al hombre no es la última, habrá probablemente organizaciones donde el espíritu obrará más libremente y estará en la proporción de 75 á 25.

»De esta consideración resulta que el hombre ha sido formado como tal en la época más pasiva de la existencia de nuestro globo. El hombre es un triste término medio entre el animal y el ángel;

tiene tendencia hacia los conocimientos elevados, y no puede llegar á ellos; aunque los filósofos modernos crean haberlo conseguido, realmente no es así. El hombre quiere profundizar la causa primera de todo lo existente y no lo consigue. Con más facultades intelectuales, no tendría la pretensión de querer conocer estas causas, que serían, por el contrario, muy claras para él si estuviera dotado de un espíritu más extenso.»

Admitiendo, con el sabio alemán, esta relación como verdadera, diremos que mientras en el hombre la proporción del alma es de 50 por 100, en el ser sobrehumano es sin duda de 80 á 85 por 100. Bien entendido que esta evaluación sólo la hacemos para explicar nuestro pensamiento.

En el ser sobrehumano, el alma tiene una parte preponderante, y esto es lo que importa saber. Procuremos ahora analizar el alma del ser sobrehumano, como hemos analizado sus sentidos.

Sí; en el ser sobrehumano, los sentidos son numerosos y exquisitos, las facultades de su alma, que están íntimamente ligadas al ejercicio de los sentidos y dependen de su perfección, deben ser especialmente activas y potentes. En el hombre se comprende que las facultades de su alma sean débiles y limitadas. Debemos vivir en la tierra un tiempo tan corto, que unas facultades muy potentes no nos servirían de nada, ó no tendrían tiempo para desarrollarse y ser empleadas con eficacia. Pero en el mundo superior que nos espera, todo se

eleva y engrandece; por consiguiente, las facultades del ser pensante, que habita las regiones de lo alto, deben ser numerosas y de un alcance muy extenso.

Repetiremos, para las facultades del alma en el ser sobrehumano, lo que hemos dicho de sus sentidos. El ser sobrehumano debe estar dotado de facultades nuevas y las facultades que ha llevado de la tierra deben estar singularmente perfeccionadas.

Sería imposible determinar la naturaleza de las facultades nuevas asignadas al ser sobrehumano, porque estas facultades se refieren á ese mundo superior que nos es desconocido, responden á necesidades morales de las que no tenemos ninguna idea. Renunciaremos, pues, á conocer estas facultades nuevas y nos concretaremos á examinar el grado de perfeccionamiento que pueden recibir las facultades del alma que son actualmente patrimonio del hombre.

La atención, el pensamiento, la razón, la voluntad, el juicio, que nos hacen ser lo que somos, deben adquirir, en el ser sobrehumano, una fuerza y una seguridad especiales. La Bruyère ha dicho que no hay nada más raro en este mundo que el *sentido de discernimiento*. Esto significa que el sentido común y el juicio son muy raros. Cuando se ha vivido cierto tiempo entre los hombres, se ve que esta afirmación es muy fundada. Sin ser demasiado misántropo, se puede asegurar que de cien hombres, tomados al azar, apenas hay uno ó dos

que tengan sentido común. En la mayor parte de los hombres, la ignorancia, los prejuicios, la pasión, sustituyen al juicio; de manera que el buen sentido es más raro que los diamantes y las perlas. Esta preciosa facultad de juicio, que falta á la mayor parte de los humanos, no puede faltar á los habitantes del otro mundo: allí debe ser la regla universal, mientras que aquí es la excepción.

De todas las facultades, la más preciosa para formarnos ideas amplias y comparaciones, es la memoria. Pero en el hombre, la memoria es imperfecta, vacilante y valetudinaria. Es absolutamente muda para la época que ha precedido á nuestro nacimiento, y durante la cual existíamos, sin embargo. Es también completamente muda en todo lo que concierne á los primeros años de nuestra vida. No tenemos recuerdo ninguno de los cuidados que hemos recibido en nuestra infancia. Si nuestra madre muere dejándonos en edad tierna, no hemos conocido á nuestra madre, para nosotros no ha existido. Si los que nos han visto en la cuna no nos refirieran nuestras acciones durante este periodo, las ignoraríamos. Es preciso que veamos niños en pañales, con chichonera, con andadores, para creer que nosotros hemos pasado por ello. Las tinieblas cubren nuestros primeros pasos, lo mismo nuestra cuna que nuestra permanencia en el seno materno, y no vemos más distintamente antes de nuestra entrada en la vida que más allá de la muerte.

La memoria, que no se desarrolla hasta la edad de un año en el hombre, y que se debilita en el anciano, está sujeta, aun en el periodo de su mayor actividad, á mil flaquezas, por causa de enfermedades ó por falta de ejercicio; de suerte que esta facultad es muy precaria en nosotros. No puede dudarse que debe recibir en la otra vida la potencia, la seguridad y ampliación que le faltan aquí abajo.

Al mismo tiempo, nuestra memoria se enriquecerá con un número incalculable de dones nuevos. Gracias al espectáculo y al conocimiento de los mundos que la rodean, nuestra alma sabrá fijar en su memoria la geografía de una multitud de lugares diversos. Conocerá las revoluciones físicas, las poblaciones, la legislación de aquellas mil comarcas. El ser sobrehumano, lo que hay en los planetas y sus satélites que pasarán al alcance de su vista, ó á los que irá á visitar. En efecto, así como nosotros, para instruirnos, vamos á visitar la América ó la Australia, el ser sobrehumano va á visitar y recorrer Marte y Venus y su memoria almacena millones de hechos que sabe retener é invocar cuando es preciso. Una memoria así provista y siempre pronta á responder dará al espíritu, al razonamiento, una fuerza increíble.

El idioma es la expresión y la reunión de ideas, y alguien ha dicho que una ciencia se reduce á un idioma bien hecho. Las ciencias matemáticas hacen uso de un lenguaje perfecto porque la ciencia

de las matemáticas es perfecta. El idioma que se habla en los espacios planetarios debe ser perfecto, porque expresa todos los conocimientos pertenecientes á los seres sobrehumanos, y estos conocimientos son inmensos. Cuantos más conocimientos tiene el espíritu, mejor se expresa: siendo el ser sobrehumano muy sabio, tendrá un idioma muy expresivo.

Este idioma será, además, universal. El idioma de las matemáticas le comprenden todos los pueblos de los dos hemisferios: lo mismo pueden leer el álgebra un francés ó un alemán, que un australiano ó un chino, gracias á la sencillez y perfección de los signos convencionales que emplea. El idioma de las matemáticas, que es universal, nos hace comprender que el que se habla en los espacios planetarios es igualmente universal y puede servir indistintamente á todos los habitantes del éter.

- Gracias á la inmensa extensión de sus facultades y á la perfección de su idioma, que es también un medio de llevar más adelante y con mayor seguridad sus conocimientos, los seres sobrehumanos tienen una fuerza de razonamiento y una seguridad de juicio que, unido al inmenso número de hechos que almacena su memoria, les ponen en posesión de la ciencia absoluta. Las cuestiones arduas, ante las cuales se estrella el espíritu del hombre, y que le sumen en la locura si trata de resolverlas, tales como el pensamiento del infinito,

la idea de la causa primera del universo, la esencia de la Divinidad, etc., todos estos problemas, vedados á nuestra inteligencia, no tienen nada inaccesible para estos potentes pensadores. Los que la humanidad considera como genios de primer orden, Aristóteles, Képler, Newton, Rafael, Murillo, Shakespeare, Laplace, no serán más que unos enfermos de espíritu. No hay ciencia ni idea moral que no comprendan. Ven dar vueltas á sus pies á la tierra y á los planetas sus hermanos: ven á los planetas de nuestro sistema solar gravitar con orden y armonía alrededor del gran astro central que les inunda con su claridad. Asisten, desde lo alto del impireo sublime, á los espectáculos infinitamente variados que les ofrecen las agitaciones de los elementos encima de nuestro miserable globo y de los globos que se le parecen, y más dichosos que la humanidad terrestre, admiran las obras de Dios conociendo el secreto de su mecanismo. En cuanto á lo moral, saben por qué existe el hombre y por qué existen ellos mismos; saben de dónde vienen y adónde van, cosas que nosotros ignoramos. Donde nosotros no vemos más que confusión, ellos distinguen el orden y la armonía. Los designios de la Divinidad se les aparecen con limpieza y los sucesos de la vida de los individuos ó de las naciones que á nosotros nos parecen injustos, malos ó crueles, por parte de la Divinidad, ellos comprenden que son justos, útiles y merecen el reconocimiento de nuestros corazones.

Creemos, además, que en los espacios etéreos, mansión de los seres sobrehumanos, el tiempo es un elemento que no cuenta para nada; porque así como para Dios no existe el tiempo, los seres sobrehumanos, que por sus perfecciones son naturalidades espirituales, y por consiguiente se acercan mucho á Dios, tampoco cuentan el tiempo. Esperan sin impaciencia ni sufrimientos el arribo á su apacible dominio de los seres que amaban y dejaron sobre la tierra, y cuando esta reunión se ha efectuado, gozan con ellos de una dicha que no turba jamás la inquietud del porvenir. Gracias á ese menosprecio, á esa abstracción del tiempo, el ser sobrehumano asiste con una tranquilidad y serenidad inalterables al espectáculo, siempre nuevo y siempre maravilloso, que desarrollan ante sus ojos las revoluciones de los astros y los grandes movimientos del universo.

Para terminar el estudio de los atributos del ser sobrehumano, réstanos hablar de la vida que le anima y da á su cuerpo las cualidades del ser activo.

Hemos dicho que, según nuestro sistema, el ser sobrehumano procede del alma de un hombre que ha venido á habitar un cuerpo nuevo en el seno del éter. Este cuerpo está destinado al cabo de un tiempo más ó menos largo á disolverse, á devolver á la materia sus elementos, como le sucede al cuerpo humano, y por consiguiente, la vida debe retirarse del cuerpo del ser sobrehumano y el alma debe volar á otra región.

La vida implica la muerte, que es su término necesario. Si el alma del ser sobrehumano reside en un cuerpo vivo, este cuerpo debe morir y sus elementos materiales deben volver al recipiente común de la materia. La antorcha de la vida se apaga en los espacios de lo alto, lo mismo que en la tierra.

El ser sobrehumano es, pues, mortal. Después de un intervalo cuya duración no intentaremos fijar, muere, y el alma que encerraba se escapa, como un perfume suave se escapa de un vaso roto. ¿Qué le sucede al alma que ha huído de este cuerpo helado por la muerte? Esto es lo que vamos á ver.
